

los diez años de errabundeo de Ulises, terminada su guerra, coincidían, casi día por día, con mis diez años de exilio." Tomando sólo unos cuantos motivos de la "Odisea", esos, precisamente, que más coinciden con la experiencia propia, Bartra apresa el mundo en que transcurre el mito de Ulises en una serie de vivencias sensoriales. La obra, compuesta de narraciones en prosa, poemas y piezas de teatro, está escrita gozosamente, de un modo plástico y sensual, vertiendo los ojos hacia la naturaleza, una naturaleza viviente, dinámica:

Telémaco seguía andando. Más allá del olivar, al borde del camino que unía a los dos casales, el perfume se hizo más vasto y disperso —de pétalo reciente, de hierba mojada, de troncos que se habían vuelto súbitamente tiernos— y, también, más efímero, de una evanescencia pesada que se acolchaba en las sombras, hasta que, en la llanura, se producía una ternura total, un vaho tibio que ascendía de la tierra núbil donde la primavera se afirmaba, había acabado su espera. El gallo volvió a cantar. Y Telémaco, aguijoneado por un doloroso anhelo, echó a correr a través de los campos.

La nostalgia del poeta se vuelve repetidamente al Mediterráneo, mar *suvo* y de Ulises, y que es personaje de gran importancia en la obra; le llama "madre eterna de dioses habidos en áureas dunas", "ancho surco del viento", "corpóreo latir oceánico", etc.

... Y el mar infinito, en súbito azar de tormenta o en clara, serena bonanza, las olas hurañas o dóciles, el sol, los titanes efímeros de los nubarrones que el viento desgarrar, las trombas que saltan silbando las últimas iras de las oquedades oscuras, loaban en coro el regreso al reino del río y del árbol.

Bartra es poeta de anchas miras, tiene un gran aliento para sus concepciones *sinfónicas*, y consigue un Ulises, un Telémaco, un Polifemo, una Penélope, una Nausica y una Calipso llenos de luminosa realidad. Al hablar de la aventura del cíclope ciego, lo hace con tono de grandeza trágica, con bellas, elucidantes imágenes:

Las Mediterránidas: ¡Oh, mirad! ¡Polifemo está allá arriba, en el promontorio! Diríase una peña gris con una mariposa encarnada en la cima.

"... ¿Qué hay más allá de mi sangre interminable?

¿Qué hay más allá de esta viva tiniebla que me asedia? Un caos late dentro de mí, una misteriosa voz afirma en medio de mi sufrimiento... ¡Ototoi! ¡Ay!"

El libro ha sido escrito en catalán y traducido por Ramón Xirau y el autor; su lenguaje es rico, concreto, de una gran claridad, cargado de símbolos y, a veces —en el capítulo de Tiresias, por ejemplo—, misterioso e inquietante. Aunque nosotros hubiéramos querido un poco más de hilación entre los diferentes capítulos, nos complacemos en señalar el arribo de un poeta viril que canta a la Naturaleza y a los eternos temas humanos, con una voz cargada de significaciones, que se nutre de algo vital y trascendente, sin perderse en los rompecabezas y juegos vanos en que se ocupan hoy la mayoría de los poetas, por llamar de algún modo a cierta suerte de cortesanos ingeniosos.

J. de la C.

MARÍA LOMBARDO DE CASO, *Muñecos de Niebla*. México, 1955. 101 pp.

Libro de cuentos, diez en total, en que la autora evoca figuras y cuadros de la vida pueblerina. Personajes y situaciones de los cuales podría decirse que nos son harto familiares; pero aquí están tratados desde un punto de vista personal y de una manera muy artística. El título de la colección no podría ser más ilustrativo; y sin embargo no da cuenta cabal de lo que son estos "Muñecos". Por una parte son bastante vagos y leves para flotar a merced de todos los vientos que habitualmente soplan en el ambiente de los pueblos más pacíficos; por la otra tienen demasiada individualidad para dejarse arrastrar de distinto modo del que le conviene a la condición humana de cada uno. Lo que tienen de vago se lo deben a la autora, que así quiso recrearlos; lo demás se lo dió la vida, de donde fueron sacados.

La parte de "niebla" que entra en la constitución de cada uno de los personajes de estos cuentos, se nota en la persistente extravagancia de su conducta: sus acciones tienden al absurdo. Su dolor, sus sentimientos elementales, son la parte real.

Evidentemente la autora conoce a sus personajes. Se diría que al hablar de ellos tiene, a la par que el deseo de evocarlos, el propósito de vindicarlos. Frente a ellos toma algo de la postura de las personas juiciosas que se asoman por entre los dedos separados para escandalizarse de las con-

travenciones cometidas por los vecinos; sólo que ella no se escandaliza de nada. María Lombardo de Caso mira a sus "muñecos" despiadadamente, como acostumbra verse entre sí los habitantes de los pueblos; pero al mismo tiempo les prodiga su simpatía. Y en consecuencia los trata con sentimiento complicado de crueldad y ternura.

Crueldad y ternura es el alma de este libro. Y acaso lo sea más que en otra parte, en los "Tres Amables Monstruos" y en la "Santera". Merced a la crueldad y la ternura los "Monstruos" se deslizan por la pendiente del humor negro; y la muerte de la "Santera" no es llorada por nadie, pero los pájaros llaman a la difunta gorjeando las palabras que ella les enseñó a pronunciar disparatadamente.

Contados con una soltura que no retrocede ante ninguna dificultad, estos cuentos le brindan al lector más de una sorpresa; porque a pesar de que sus personajes son "Muñecos de Niebla", muchos de ellos están cargados de pólvora.

A. B. N.

"Toluca". *Crónicas de una Ciudad*, reunidas por Mario Colín. México, 1955. 15 láminas, 211 pp.

El objeto de este libro, según lo declara en el prólogo el recopilador, es "... Invitar al conocimiento y a la comprensión de Toluca." Tratándose de cualquier manifestación del espíritu humano, ya se sabe, la comprensión suele ser un añadido que acompaña al conocimiento; y ninguna manifestación del espíritu humano es más característica que la ciudad. Para hacer asequible el conocimiento de la ciudad de Toluca, este libro junta más de cuarenta composiciones, en prosa y en verso, de connotados escritores que han ocupado su pluma en el mismo tema desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días.

Las "Crónicas" están distribuidas en cinco capítulos. El Capítulo I se desenvuelve en los dominios de la Historia. En él se trata de los orígenes de los primeros pobladores, los matlatzincas, y se discute ampliamente el significado del jeroglífico que dio nombre a la ciudad que fundaron. Incluye referencias a la vida prehispánica, a la evangelización y la organización colonial. El Capítulo II es principalmente literario: impresiones casi líricas, preponderantemente. El Capítulo III, "Las Preseas de la Ciudad", habla de los rasgos que le dan fisonomía propia a Toluca: los templos, los portales, el Instituto. Los Capítulos IV ("La Ciudad del Tanguis") y V ("En los Alrede-

dores de Toluca"), parecen tener la simple intención de guiar al turista desprevenido.

Mario Colín, en su ensayo que forma parte del libro, asienta: "... Pero dentro de su modestia, mi ciudad no se deja conquistar a la primera mirada; no gusta fácilmente a quien la mira con descuido o a los profanos que se detienen ante ella sin saber por qué." Y en efecto, algo tendrá Toluca de evasivo a las miradas, porque en mucho de lo que se escribe acerca de ella suele notarse como una lucha entre una idea preconcebida y la realidad.

Así, Manuel Gutiérrez Nájera dice: "Toluca no es precisamente hermosa... Toluca es simpática..."

Y Horacio Zúñiga, por su parte: "Las fachadas de las casas, de una simplicidad vulgar, uniforme e híbrida, ayunas de originalidad y de gusto, huérfanas de relieves y de armoniosas proporciones, chatas, desahbradas, insulsas, no logran detener la mirada en el éxtasis contemplativo... No obstante y quizá a causa de esta simple y rudimentaria arquitectura, la ciudad sonríe, embelesa, agrada, con una suave impresión de serenidad campesina."

Mauricio Magdaleno es más terminante. El enumera sin rodeos las causas que lo hicieron formarse un concepto desfavorable de la ciudad provinciana; y luego expresa: "Toluca, venturosamente, no es eso; por el contrario: abunda en caudales esenciales, de esos que son flor y signo del estilo señorial de nuestra provincia."

Cualquier esfuerzo que tienda a desplazar predisposiciones erróneas, incubadas en el desconocimiento de lo que se juzga, será digno de elogio; y mucho más cuando, como en el caso de este libro, asume la forma de una gentil invitación llena de sugerencias.

A. B. N.

W. J. ENTWISTLE Y E. GILLET. *Historia de la Literatura Inglesa*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica, Núm. 106. México, 1955, pp. 408.

La literatura inglesa, una de las literaturas europeas más antiguas e importantes, ha sido, quizás, la menos atendida por los estudiosos de hispanoamérica. Seguramente la falta de buenas traducciones así como de textos que den noticia de su historia, ha sido el principal obstáculo para acercarse a ella.

El Fondo de Cultura Económica ha escogido, de entre muchas introducciones a la literatura inglesa, la escrita por Entwistle y Gillett, porque en

ella se estudia con detalle a los escritores contemporáneos y se proporciona al mismo tiempo un breve resumen que abarca desde los orígenes hasta el siglo XIX. Tiene, además, la ventaja de ir destinada a lectores extranjeros, por lo que sus autores expusieron la historia de la literatura inglesa de un modo conciso y completo, al paso que llamaron la atención del lector hacia un grupo de libros capitales del pasado y del presente que se han hecho sobresalir de un fondo general que explica las contingencias políticas y el curso de las ideas.

El libro se divide en xv capítulos; en los doce primeros desde la formación de la cultura inglesa hasta la época victoriana, y a través de ellos se estudia paso a paso el desarrollo del idioma inglés; la invasión normanda, con su florecimiento de leyendas arturianas que ocultaban una determinada intención política; la literatura moralizante y satírica del siglo XIV, cuyos representantes fueron Landgland y Wytceif, hasta llegar, con Geoffrey Chaucer y los chaucerianos, al primer gran florecimiento de las letras inglesas. El capítulo III inicia ya el estudio de los clásicos (el Humanismo que llegó a su culminación con Tomas More), y los capítulos IV, V y VI, el de la obra de Spenser, Sidney, Shakespeare y la poesía dramática, y la época de Milton. La edad augusta de la poesía y el teatro se analiza en el capítulo VII, en ella se destaca como figura sobresaliente al creador del drama heroico y la comedia de sociedad: John Dryden, así como a los más importantes escritores del siglo XVIII: Gray, Macpherson, Blake, y la obra de los novelistas y filósofos. El período romántico, que surge en Inglaterra con la aparición de cinco grandes poetas y un gran novelista (Wordsworth, Coleridge, Southey, Byron, Shelley y Walter Scott), es tratado en el capítulo IX. En el siguiente se analizan la poesía y la prosa en el siglo XIX, que se inicia con Tennyson y Browning y culmina con la edad de oro de la novela (Thackeray, Dickens, Bronte y Thomas Hardy). Concluye esta primera parte la reseña del pensamiento y la acción victorianos, período en que cristaliza la obra de Livingstone, Stuart Mill, Ruskin y Thomas Carlyle.

W. J. Entwistle siguió el método cronológico porque, aparte de seguro, era el más conveniente para adaptarlo de una manera estricta y eficaz; por nota al pie de página van

# PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

*Vivía a fines del siglo XVI en la ciudad de México un judío llamado Antonio Machado ¡cualquier cosa! Por el testimonio de sus contemporáneos, acumulado en el proceso contra Luis de Carvajal, "el Mozo", se sabe que Machado era colérico, blasfemo, orgulloso, rígido, amante de litigios, de mala lengua y peor condición; pero hombre de agudo entendimiento, y gustador de coplas, canciones, salmos y romances. Su casa era sitio de reunión de letrados, músicos, sortilegos y adivinos que lograban disimular sus malquerencias y salidas de tono. Entre otros lo visitaba el médico portugués Antonio de Morales, otro probable autor del soneto "Pequé, señor..." atribuido, al parecer con razón, a Góngora.*

*Para ocultar su condición de judío, extremaba sus manías: vivía orando, de hinojos ante el altar cristiano, con tan gran simulación que no se supo que profesara la Ley de Moisés hasta que hubo muerto. Era sastrero, oficio que enseñó a sus hijas y del que vivió, con gran penuria. Todos los años por Navidad, al igual que nuestro poeta Carlos Pellicer, levantaba en su casa un "nacimiento" de los más concurridos y famosos de la piadosa capital del virreinato de la Nueva España. Con esto despertaba en amigos y visitantes un sentimiento de piedad que se traducía en dádivas y limosnas, con que Antonio Machado continuaba viviendo, víctima de una parálisis que lo tenía en cama de tiempo atrás.*

*Otras cosas cuenta don Alfonso Toro —tan injustamente olvidado— en su libro La familia Carvajal, acerca de Antonio Machado; pero una recuerdo ahora con mayor claridad. Y es que una de sus hijas, la que se llamaba Isabel, tenía buena voz y tocaba la vihuela y el clavicordio, lo que significaba un atractivo más en la pobre casa de los Machado. Cuenta, pues, don Alfonso, que en las tertulias solían cantarse salmos y cantos religiosos, pero que sin duda también cancioncillas de los tiempos de Boscán y Garcilaso, y que quizás no fuera remoto que también algunos romances españoles, entre otros el de la versión mexicana de la "Ermita de San Simón", aquí llamada "Misa de amor"; un eco del cual encontramos en el título y en el tema de un poema de José Joaquín Pesado: "Mi novia en la misa de alba". He aquí la versión de ese romance:*

*Mañanita de San Juan,  
mañanita de primor,  
cuando damas y galanes  
van a oír misa mayor.*

*Allá va la mi señora,  
entre todas la mejor;  
viste saya sobre saya,  
mantellín de tornasol,  
camisa con oro y perlas  
bordada en el cabezón.*

*En la su boca muy linda  
lleva un poco de dulzor;  
y en la su cara tan blanca  
un poquito de arrebol,  
y en los sus ojitos garzos  
lleva un poco de alcohol;  
así entraba por la iglesia  
relumbrando como el sol.*

*Las damas mueren de envidia  
y los galanes de amor.  
El que cantaba en el coro,  
en el credo se perdió;  
y el abad que dice misa,  
ha trocado la lición;  
monacillos que le ayudan  
no aciertan responder, non,  
por decir "amén", "amén",  
decían "amor", "amor".*

*El otro día, al leer un ensayo de Fernando Benítez, encontré una velada alusión a ese romance como algunas de las imágenes que integraban el mundo interior del español de la Conquista, y me vino la idea de traerlo a estos Pretextos para gozo de los lectores.*

anotados los detalles biobibliográficos así como las ediciones modernas de las más importantes obras citadas.

E. Gillett, al redactar la historia de las letras inglesas de los últimos decenios del siglo XIX hasta 1950, usó de un método diverso: expuso la producción de este período por géneros, de suerte que fuese posible leer la historia de una forma literaria sin interrupción, y así se ocupa sucesivamente de la poesía, el teatro, la novela, la biografía, la historia y la prosa miscelánea: apartado, este último, en el que se agrupan todos aquellos libros difíciles de clasificar.

El enjuiciamiento de los autores contemporáneos resultaba comprometido y difícil, pero Gillett no se ha arredrado por su cercanía y da, de cada uno de ellos, una impresión justa que seguramente ya no habrá de modificarse en lo esencial.

Veamos, por ejemplo, algunos de los párrafos dedicados a tres escritores de los más conocidos entre nosotros: Somerset Maugham, Lawrence y Huxley.

"W. Somerset Maugham es un realista con cierto sesgo cínico... Parco en el uso de las palabras y escrupulosamente frugal en el de la emoción, es el maestro de la prosa narrativa y del diálogo... Ese (el aspecto más débil de la naturaleza humana), es el aspecto de la vida que tiene mayor atractivo para el autor". De Lawrence dice: "su capacidad descriptiva era inmensa, pero tenía pocas cosas nuevas que decir en la novela y la única razón de que haya sido saludado como profeta de un nuevo modo de vivir consiste en que mostraba la convicción más fuerte posible de sus propias opiniones, que repetía ruidosamente y, permitásemelo decirlo, con vulgaridad". "Huxley es un intelectual aislado en medio de un mundo antipático y escribe de una manera amena y provocativa... es, primordialmente, un escritor subjetivo a quien no parece interesarle mucho la mecánica de la novela".

Los grandes escritores norteamericanos, a excepción de unos pocos contemporáneos (Walt Whitman, Sinclair Lewis, William Faulkner), no van incluidos; pareció a los autores que, de hacerlo con todos, habría traído confusión a este vasto panorama. De cualquier modo, otro de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica, *La Literatura Norteamericana* de H. Straumann, completa la historia de la literatura en lengua inglesa.

J. P. B.